

núcleo, a la manera como giran los astros en el infinito espacio sideral. Por otra parte, a causa de su propiedad de conservación cierto «tensor», cuya fórmula matemática no es del caso reproducir, se identifica, según Eddington, con la materia. Dicha fórmula de la mecánica relativista representa un concepto de la materia inexpresable aun en los términos de la física clásica y, para el sentido común, totalmente incomprensible.

Este ligero análisis de algunas concepciones físicas muestra claramente el abismo que las separa de aquellas que son propias del sentido común. ¿Podrán alguna vez expresarse tales atisbos científicos en el lenguaje del sentido común? Actualmente la más superficial explicación de las sutiles teorías vigentes sobre la materia, por ejemplo, tropieza con dificultades casi insalvables. Las palabras no son capaces de abarcar el contenido total de las complejas elaboraciones del pensamiento científico y sólo las fórmulas matemáticas pueden resumirlas en toda su desconcertante amplitud. No es aventurado, pues, suponer que este distanciamiento entre las conquistas teóricas de la ciencia y los medios de expresión de que disponemos subsista en lo porvenir, acentuando el carácter esotérico de las disciplinas científicas superiores.

Y es que, frente al mundo de las representaciones vulgares en que se mueve el hombre y al cual ajusta las actitudes de su vida diaria, la ciencia crea un mundo ideal de concepciones abstractas cuya correspondencia con las realidades esenciales del Universo no podremos nunca constatar. Posiblemente, tanto el uno como el otro de estos dos mundos, no sean sino ilusiones de nuestro espíritu, arbitrarias fantasmagorías de nuestra conciencia en medio del inquietante misterio que sólo horadan, a veces, los fugitivos resplandores de la videncia religiosa y de la intuición artística.—H. PARODI y E. GONZÁLEZ R.

EL MONUMENTO Y EL ARBOL DE HIPOLITO TAINÉ

París, 1931.

VER en la estatua, en el busto, en la placa conmemorativa, sólo el homenaje de una ciudad hacia un grande hombre, sería quitar a la consagración del bronce y de la piedra su más conmovedora, su más alta significación: la de la evocación, la del recuerdo materializado. Gautier tiene más razón de la

que se cree: el busto sobrevive a la ciudad, si es él la representación, el símbolo de un momento, de una acción, de un pensamiento, en los cuales la ciudad y el gran hombre están íntimamente unidos. El viajero, más que el nativo ciudadano, busca y ve, con piadosa emoción, el monumento del hijo del país, o el del extranjero que ha vivido que ha sentido entre sus muros; soñado ante un paisaje. Estas ideas han inspirado dos recientes, y bellas manifestaciones: las inscripciones en los itinerarios de Juana de Arco; y las placas en los principales lugares donde nacieron las más patéticas meditaciones de Maurice Barrés. No se podría negar que, para el visitante, la belleza evocadora de París se enriquece de algo al encontrar a Luis XIV en la Plaza de las Victorias, Víctor Hugo muy cerca de la casa donde murió, la fuente de los Grandes Oradores sagrados en San Sulpicio, Dante y Ronsard delante del Colegio de Francia y en el Luxemburgo Sainte-Beuve y Verlaine. Hago, expresamente, una evocación muy heterogénea. Y el viajero busca, pregunta y no comprende por qué faltan, Rabelais y Descartes y Racine y Chateaubriand y Renan y Taine, en este París, tan generoso en la hospitalidad, que ayer acogió a Mickiewies, el héroe polaco, y mañana va erigir una estatua a Bolívar, el Libertador.

Es cierto que llenar los jardines y plazas con bronce y piedras conmemorativas es temible y feo. Se trata, solamente de medida y conveniencia; y los futuros organizadores de monumentos honoríficos podrán inspirarse del cuidado de elegancia y de piedad con el cual el Comité para el homenaje a Hipólito Taine ha resuelto el doble problema espiritual y material. Una estela, un medallón, una inscripción, será toda la alteración que ha de sufrir el Suard de los Inválidos, donde se erigirá el monumento en Junio. Y este sitio evoca algunas horas intensas vividas por Taine, al fin de su existencia. En *Les Deracinés* Barrés da, por epígrafe al capítulo titulado: *El árbol de Taine* las líneas siguientes: «Taine, en el fin de su vida, tenía la costumbre de visitar, cada día, un árbol en el Suard de los Inválidos y de admirarlo.—Conversación de Paul Bourget». «Nosotros no seremos ya más los solos en irlo a visitar ahora,—comentaba el ilustre autor de los *Ensayos de Psicología contemporánea*,—nosotros los pocos fieles que conocíamos esta particularidad de sus últimos paseos; y yo estaría tentado de guardar rencor al autor de los *Deracinés* por haber designado este jardín y este árbol a la curiosidad de los letrados, si no le estuviera más agradecido aún, por las nobles páginas donde evoca la imagen del maestro más venerado que hemos tenido». ¡Cuanta

nobleza y generosidad en estas líneas! La alegría del homenaje al maestro tan querido aleja de Bourget el egoísmo natural del iniciado, celoso en compartir su culto. Y es hoy Bourget él mismo, quien preside el Comité para señalar a todos, los admiradores y los indiferentes, el lugar de la peregrinación de Taine.

La forma del monumento, el sitio escogido, todo se hace en el más puro espíritu tainiano; con ese cuidado de armonía y de discreción que caracterizó siempre la vida del pensador que hoy se honra. Y la fidelidad a esa tradición de medida ha sido llevado tan lejos que una crítica nace, es permitida. El Comité ha lanzado un llamamiento a todos los admiradores de Taine. Hasta la publicación, reciente, en la *Revue des Deux Mondes* de la noticia, muchos franceses ignoraban la preparación del homenaje. ¿Y para el extranjero? Un monumento a Taine, en París, es algo que debe significar mucho más que el homenaje parisiense al gran escritor, más aun que el homenaje nacional al gran francés. El recuerdo de un monumento parisiense hará desaparecer lo que mi frase pareciera tener de inconveniente y de indiscreta. ¿Por qué no haber realizado, para el filósofo, para el crítico, el historiador, la suscripción internacional, que con grande y justo éxito fué hecha para el monumento Berthelot? No se ignora en Francia, pero se ha, momentáneamente, olvidado, que en la segunda mitad del siglo diez y nueve no existió, en letras universales, influencia intelectual más fuerte, más vasta que la de Taine. Quizá los estudios más profundos y completos sobre algunas partes de la obra tainiana han sido hechos por extranjeros. Un italiano, Berzellotti, ha escrito el libro clásico sobre la filosofía de Taine; y el grande Menéndez y Pelayo analizó, en todo un volumen, sus ideas estéticas. En Alemania, en donde Nietzche proclamaba a Taine «el más grande de los historiadores vivos», Zeitler y Lindemand han comentado su filosofía del arte; y en Inglaterra, Fraser Rae, largamente, la *Historia de la Literatura inglesa*. En su *Ensayo sobre Taine*, monografía perfecta de erudición y de devoción, M. Giraud escribe: «Es preciso que se sepa que esta influencia ha sido casi tan grande en el extranjero como entre nosotros, y, yo creo más profunda que la de Renan.» Muy verdadero; y hoy, todavía, ella está viviente y fecunda. Desde los filósofos del siglo diez y ocho ningún escritor francés, escritor de idea quiero decir, ha ejercido influencia internacional tan vasta y tan continua como Taine. En los Estados Unidos y en España, por ejemplo, Sainte-Beuve es conocido por fragmentos; Taine, él, es estudiado a fondo y en entero: los psicólogos anotan la *Inteligencia*, los críticos los tres volúmenes de *Ensayos* y la

Literatura Inglesa, los historiadores y sociólogos no acaban de comentar y discutir los *Orígenes de la Francia contemporánea*. Por la obra y por la influencia Taine es un maestro aun en vida; un gran maestro francés que todo el mundo intelectual conoce, lee y admira. Es necesario, pues, permitir a todos esos admiradores lejanos estar informados que, en París un Comité existe para honrar al pensador.

Para decirlos que acabamos solamente de saberlo y que se pide la posibilidad material—el tiempo—de podernos asociar al homenaje, estas líneas han sido escritas.—A. ZÉREGA-FOMBONA.

Exclusividad para *Atenea* en Chile.

LA NUEVA EDUCACION RUSA

DIFÍCIL tarea fuera la de colegir a primera vista los aspectos varios del alma de la nueva educación; esa alma maliciosa, entusiasta, materialista y espiritual a un tiempo, optimista y apasionada, que han intentado forjar el superior talento de Lunacharsky y de sus colaboradores. Mas hemos procurado compenetrarnos un poco de su esencia. . .

Como para juzgar en achaques de educación no se podría prescindir de la experiencia de maestros y estudiantes, traté en Rusia a varios, comunistas de etiqueta muchos de ellos, ortodoxos entusiastas los más y acaso alguno con las secretas ansias del corazón vueltas hacia el pasado, que no ha de resucitar. Parecióronme esos muchachos plenos de fe en el porvenir, sin curarse de los peligros que puede envolver el futuro porque a los veinte años solemos mirar la vida como un imperio rojo o blanco que nos pertenece, la sabemos nuestra, con olor a eterna, y si la educación materialista de los tiempos y el contacto con la realidad nos han vuelto positivo no por ello nos resignamos a ceder de golpe el terreno que la vida blandamente nos irá retirando; con fuerza lo hemos apretado en la mano, como un puñado de arena húmeda y compacta, pero los músculos van cediendo y la arena comienza a resbalar por entre las comisuras de los dedos. . .

Los estudiantes rusos, según los maestros de la vieja literatura, se formaban en medio profundamente pesimista, ensombrecido por el fantasma de la autocracia,—así el pueblo y aun